

Sara Uribe

Poema en que la enunciante recibe una invitación misteriosa y se encuentra en el camino al extraño hombre de las mandarinas y a la mujer que creía que el lenguaje todo había sido dictado ya desde el inicio de la eternidad

[*Who needs poetry?*] [Eso era lo que decía el sobre rotulado en el que me hicieron llegar una invitación a pertenecer a un taller de poesía ultrasecreto al que todos asistirían con máscaras y en el que nadie hablaría sino que toda comunicación se ejecutaría a través de ordenadores y proyectores instalados en un caserón en penumbras]
-----Ella mentía. Ella siempre mentía. El sobre era más bien un correo electrónico y el sello lacrado el *subject* con la afirmación

dances never take place in the morning

[Ajá, sí, pero *who needs poetry?* Pensó ella, justo en el momento en que el chico que se sentó a su lado en el autobús extrajo de su bolso un libro que versaba sobre la grandeza de los lores de la droga y sacó también una mandarina la cual fue pelando y engullendo mientras daba vuelta a las páginas del libro y las pequeñísimas gotas de jugo que brincaban de la cáscara a sus dedos quedaban impregnadas en los márgenes de las hojas

-----el hombre de la mandarina (ella lo veía como un chico, pero él se juzgaba a sí mismo más bien como un hombre) miraba a su vez el libro que ella llevaba en las manos: en la portada había una mandarina y unos gajos y un título que a él le pareció aburridísimo, sobre todo, si de hablar de mandarinas se trataba: *Who needs poetry?*]

-----Ella quiso responder desde un principio que no acudiría al llamado de una cofradía poética ultrasecreta, pero todas las excusas que se le vinieron a la mente involucraban algún tipo de escenario postapocalíptico o ya las había usado antes.

[En realidad estaba aburrida, aburrida de aburrirme, por eso fue que contesté que sí, que iría con una máscara del Conde Pátula o del Santo o de V de Vendetta]

----- Ella les está mintiendo otra vez. Ella nunca confirmó su presencia en lo que más que otra cosa parecía ser una fiesta de adolescentes tardíos.

[Puede ser que les haya mentido, porque *who needs poetry?*, en serio. Pero lo cierto es que esa noche sí fui a la dirección del correo electrónico y sí entré a la casa en penumbras y sí había un montón de escritores, es decir ESCRITORES, con mayúsculas, en masculino, con mucha mucha mucha testosterona para derramar por todos lados.

Pero también estaba la mujer bajita, la de mis sueños o al menos se parecía a ella, es decir, se veía casi como mi madre. Ella estaba al fondo de un pasillo y llevaba un sombrerito que lucía al mismo tiempo ridículo y tierno y que inevitablemente me hizo evocar la última vez que vi a Carmen Alardín y la fotografía que nos tomamos juntas en su patio. Esa presencia invocada me hizo preguntarme si yo quería en verdad detener a los elefantes o, por el contrario, deseaba ser aplastada por ellos, en esa esquina del mundo donde nadie parecía en verdad necesitar de la poesía, donde una mujer escribía, no en una de las computadoras para que sus palabras fueran vistas en las paredes sino en una pequeña libreta, que cada una de las palabras que escribimos y podríamos escribir en el futuro fueron ya pensadas y dichas y redactadas por algo que algunos llaman destino, pero ella insistía en nombrar como el perdido arte de la adivinación de las sombras de los cetáceos.